

numental, *Bajo el chubasco*, gigantesco esfuerzo literario de 1264 páginas, abarcando todo el panorama histórico-sociológico-político del país. Si hay una obra centroamericana que, por la vibrante nota épica y lo grandioso del concepto sugiere comparación con el *Facundo* y *Os sertoes*, es ciertamente *Bajo el chubasco*. A Izaguirre le interesa sobre todo, como factor de la evolución nacional, el papel de las empresas norteamericanas en Honduras. No se crea, sin embargo, que Izaguirre sea un caso de ciega yanquifobia; al contrario, el autor, que ha viajado mucho en los Estados Unidos, se empeña en aducir bien fundadas razones para criticar dichas empresas, siempre desde el punto de vista de la legalidad de sus operaciones. Izaguirre tiene en preparación dos novelas en las que seguramente insistirá de nuevo sobre el tema de la explotación de las riquezas del suelo hondureño; se titularán *Los buscadores de oro* y *Los salineros*.

Otra obra hondureña de interés permanente, de reciente publicación, es el delicioso librito, *Peregrinaje*, por Argentina Díaz Lozano, finísima prosista actualmente refugiada en Guatemala. De talento poco común es asimismo Marcos Carías Reyes, autor de la excelente novela *La heredad*. Pero el libro que por lo original, ameno y satírico, más éxito ha alcanzado últimamente en Honduras es *El gringo lenca* de Arturo Ouelí. El gringo lenca es un extraño personaje, de padre norteamericano y madre indígena, que nos ofrece, por medio de una serie de entrevistas con un repórter, sus opiniones acerca de la vida humana en general y de la vida hondureña en particular. Es un libro que nos mueve a la risa por el fondo de buen humor que hay debajo de la sátira lacera.

La única revista literaria —y lo es sólo en parte— editada ahora en Honduras es *El repertorio de Honduras*, ya en el séptimo año de publicación. El director es Salvador Turcios.

En Nicaragua la libertad de imprenta fué declarada el día 2 de agosto de 1948. La prensa norteamericana acogió jubilosamente la noticia, pero en realidad el decreto no tuvo ni tiene validez alguna. La censura en Nicaragua, ejercida en parte por la policía secreta, vigila todas las empresas editoriales, las que en cualquier momento pueden ver sus instalaciones mecánicas destruídas a culatazos por la soldadesca somocista. No es de extrañar, pues, que muchos intelectuales hayan buscado refugio en el extranjero. En efecto, ningún escritor puede enfocar con honradez las realidades de la Nicaragua de hoy so pena de amanecer en la cárcel.

Tal estado de cosas se refleja necesariamente en la literatura; aun Hernán Robleto, quien nos dió *Sangre en el trópico*, se ve obligado a abordar temas inofensivos en su último libro *Tres dramas*. Regionalistas, pero sin implicaciones sociales concretas, son la mayoría de los actuales escritores nicaragüenses, siendo los mejores entre ellos Adolfo Calero Orozco, con *Cuentos pinoletos*, y Otto Schmidt, autor de la interesante novela *Cosigüina*. Otras obras recién publicadas, y de valor indiscutible, son *Breve suma*, poesías del malogrado Joaquín Pasos Argüello y una valiosa antología de la poesía nicaragüense, compilada y anotada por la poetisa María Teresa Sánchez, quien, con su esposo Pablo Steiner, dirige la editorial "Nuevos Horizontes", de suma importancia en la vida cultural del país. Hay que mencionar también el libro *Rubén Darío y las mujeres*, por el periodista nica Ildo Sol, estudio que, según se dice en Managua, servirá de base

para una película acerca de los amores del infortunado Darío.

Pero, a pesar de tales esfuerzos aislados, el movimiento intelectual nicaragüense da la impresión de encontrarse casi del todo estancado. La Universidad Central de Managua permanece cerrada. En cuanto a la Biblioteca Nacional, apenas merece el título de tal. Y no se publica ninguna revista de índole literaria.

En Costa Rica, a pesar de los trastornos, tanto materiales como espirituales, producidos por la guerra civil, el ambiente literario deja en el observador una impresión de optimismo. Claro es que los rencores y odios suscitados por la revolución tuvieron repercusiones, a veces trágicas, en el mundo de las letras. Algunos escritores han tenido que abandonar el país, mientras que otros, menos afortunados, soportan los rigores del encarcelamiento político. Pero ha habido pocas represalias en Costa Rica, y ningunas sangrientas.

Del año 1946 acá, un buen número de obras literarias ha venido a enriquecer la bibliografía tica. Dentro de la novelística, señalemos *Zulay y Yontá*, por María Fernández de Tinoco; *Cuentos del terruño*, por Ernesto Ortega; *Cuentos*, por Rafael Angel Solera Castro; *Cuentos de angustia y paisaje*, por Carlos Salazar Herrera (el más artista de todos); y *Manglar*, por Joaquín Gutiérrez. Los poetas también hacen sus aportaciones, destacándose Alberto F. Cañas con *Elegía Inmóvil*; Amelia Ceide con *Puertas*; y Félix Angel Salas con *Surcos grises*. Por lo que se refiere a la crítica e investigación literarias, son de recién publicación el magnífico estudio de Georgina Ibarra Bejarano sobre el poeta Aquileo J. Echeverría; la esmerada *Antología de poetas costarricenses*, compilada por Rosario Meza Padilla; y el informativo *Itinerario de la novela costarricense* de Francisco María Núñez.

En Costa Rica, pues, se ve que la lucha intestina no ha interrumpido por mucho tiempo el desarrollo de las letras. Allí Don Joaquín García Monge sigue editando su famoso *Repertorio*; la Biblioteca Nacional, una de las mejores de Centroamérica, está en plena función; la Universidad de Costa Rica cumple con su misión cultural y científica; y existe la esperanza de que el nuevo Gobierno, por medio del Ministerio de Cultura ya en organización, fomente la producción literaria, haciendo posible, sobre todo, la publicación de

obras valiosas que, por falta de recursos, los autores guardan en manuscrito.

Llegamos, por fin, a Panamá. En la pequeña república istmeña, no obstante la turbulentosa vida política que la caracteriza, la Biblioteca Nacional y la Universidad funcionan sin interrupción; los cenáculos literarios abundan; y se publican varias revistas de mucho valor, entre ellas *Epocas*, *Lotería* y la página dominical del *Panamá-América*, "Artes Ciencias y Letras".

Panamá, sin duda, cuenta con el más dinámico e inquieto grupo de escritores jóvenes de toda la América Central. La eterna presencia del Canal, que hace de Panamá la encrucijada del mundo, los mantiene constantemente alertas y preocupados por los problemas del presente y del futuro. "¿Quién entre nosotros?", pregunta un joven novelista panameño, "no ha sentido el trágico aliento del Canal sobre su destino?" Les desvela, en particular, el problema de la cultura panameña, continuamente amenazada, en su concepto, por las fuertes y peligrosas corrientes del extranjerismo. La actitud defensiva les impulsa a descubrir y aferrarse a los elementos básicos de su cultura: a los valores de orden espiritual que, por serlo, acaso pueden salvarlos de las olas extranjerizantes. De ahí la importancia que tiene ahora en Panamá la literatura localista (por ejemplo, *San Cristóbal*, de Ramón H. Jurado; *Birulí*, de Miguel Amado; *Rumbo a Coiba*, de Mario Reira; *Shumia-Ara*, de José M. Sánchez), y la investigación y revalorización de la herencia literaria, folklórica y lingüística, tal como se manifiestan en *Teoría de la patria* por Rodrigo Miró; *El panameño visto a través de su lenguaje* por Luisita Aguilera Patiño; y *El castellano en Panamá*, por Miguel Amado.

No todos los escritores istmeños, claro está, viven siempre apegados a los dolorosos problemas de su tierra. Los hay también que se inspiran en temas universales, señaladamente Stella Sierra, Rogelio Sinán y Ricardo Bermúdez. Pero no cabe duda que el Panamá de hoy —si los anhelos de un pueblo se sintetizan en su expresión literaria— es sobre todo un país resuelto a conservar y defender lo que tiene de irconfundiblemente suyo, es decir, el alma nacional.

Tulane University.
New Orleans, Louisiana.

Visita a Siria y Líbano

BAALBEK: La "Ciudad del Sol"

Por Juan MARIN
(En el *Rep. Amer.*)

Dejando a nuestras espaldas la maravillosa "Costa Azul" del Líbano, subiendo después en violentas espirales del automóvil la vertiginosa pendiente de la cadena de montañas del Líbano sobre cuyos picachos cubiertos de nieves eternas crecen los cedros de bíblica y faraónica fama, y descendiendo después al otro lado sobre la fértil planicie de la Bekah —corazón agrícola de la República Libanesa— se ofrece bruscamente ante nuestros ojos una airosa plataforma verde decorada de altas columnas en ruinas y de espesos muros derrumbados. Estamos en Baalbek, la "Ciudad del Sol". Todo se ve de color de oro en contraste con el jade y la esmeralda profunda de los verdes campos adyacentes. A primera vista no

sabríamos decir si ese color dorado de los monumentos y las ruinas es debido al polen de sol que desciende sobre ellos desde lo alto o bien si es que en realidad están pintados o revestidos con una capa de oro. Con razón el Asia antigua entera se dió cita para adorar en este sitio al dios-sol. En este cruce de caminos de la Historia y conjunción de las latitudes geográficas, desde hace más de 5.000 años los hombres han venido a rendir culto al sol bajo uno u otro nombre de dios o de demiurgo. Aquí se dieron cita las viejas religiones acadianas y sumerianas —anteriores a las culturas de Mesopotamia y de Egipto— y aquí se amalgamaron ellas con los nacientes cultos emigrados de las orillas del Tigris y el Eufrates